

# ELIDE PITTARELLO

## ***EL PROCESO DE MACANAZ***

## **DE CARMEN MARTÍN GAITE:**

## **LA FORJA DE UN ESTILO**

Università Ca' Foscari Venezia

### Resumen

En los años sesenta, en Francia, en el campo de la nueva historiografía representada por la revista *Annales* surge el debate sobre el carácter narrativo de la historia. Teniendo afinidad con ese planteamiento controvertido, Carmen Martín Gaité investigó el papel de un precursor del Siglo de las Luces, perseguido por la Inquisición, ensayando una escritura particular entre muchas dudas teóricas y pragmáticas. Con su dúplice competencia de historiadora y novelista, tras un esmerado trabajo de archivo, en 1969 publica *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento*, una biografía política no novelada, de estilo inusual. Este trabajo pretende demostrar que el uso audaz de una enunciación en primera persona y del registro tanto coloquial como literario no afecta a la veracidad referencial de la obra. Anticipando el mestizaje de géneros literarios heterogéneos, *El proceso de Macanaz* tuvo varias ediciones en vida de la autora y aún se sigue publicando.

palabras clave: Melchor de Macanaz, biografía política, nueva historiografía, enunciación subjetiva, registro coloquial y literario

### Abstract

#### **El proceso de Macanaz by Carmen Martín Gaité: the Forging of a Style**

*In the 1960s, in France, in the field of the new historiography represented by the journal Annales, the debate on the narrative nature of history arose. With an affinity for this controversial approach, Carmen Martín Gaité researched the role of a precursor of the Age of Enlightenment, persecuted by the Inquisition, and introduced a particular form of writing amidst many theoretical and pragmatic doubts. With her double competence as a historian and novelist, after a meticulous archival work, in 1969 she published El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento, a non-fictional political biography in an uncommon style. This work aims to demonstrate that the daring use of first-person enunciation and of both informal and literary register does not affect the referential veracity of the work. Anticipating the blending of heterogeneous literary genres, El proceso de Macanaz went through several editions during the author's lifetime and is still being published.*

keywords: Melchor de Macanaz, political biography, new historiography, subjective enunciation, colloquial and literary register

## 1. Un libro extraño en el cruce de paradigmas historiográficos

Entre las brascas sacudidas que recibieron las sociedades occidentales a raíz de los movimientos de 1968 una atañe a la historiografía y sus métodos. En el ámbito de las innovaciones teóricas y pragmáticas de las ciencias humanas, desde hacía tiempo era Francia el país de referencia. Lo que estaba en tela de juicio en la escritura de la historia era su legitimación científica por parte de los agentes que competían por ocupar una posición dominante en el interior de su campo intelectual (Bourdieu 1995). Cumplió un rol primordial la revista *Annales*, que ponía en entredicho a los individuos y sus hazañas para privilegiar el análisis de estructuras socio-económicas. En la larga vida de esta publicación hubo diferentes épocas y tendencias, desde que la fundaron Marc Bloch y Lucien Febvre, en 1929, hasta la *nouvelle histoire* de Jacques Le Goff y Pierre Nora a partir de 1970. Sin embargo, no fue un historiador, sino un precursor de cuestiones teóricas dirimientes como Roland Barthes quien amplió la interdisciplinariedad de la historiografía estableciendo afinidades entre la historia y la literatura. Tras haber colaborado él mismo en *Annales*, Barthes empieza a integrar la historiografía con la semiología, convertido en el “profeta” o “brujo” de la *nouvelle critique* por seguir trayectorias imprevisibles (Bourdieu 1967: 169-170).

Barthes publica en inglés, en la revista neoyorkina *Aspen*, en 1967, y el año siguiente en la revista francesa *Manteia*, su famoso artículo “La muerte del autor”, donde la “literatura”, en tanto que obra del lenguaje, se denomina “escritura”, dado que “el escritor moderno nace a la vez que su texto; no está provisto en absoluto de un ser que preceda o exceda su escritura” (1994: 68). En otro artículo de 1967, “El discurso de la historia”, publicado en *Information sur les sciences sociales*, Barthes se pregunta si la narración racional de acontecimientos reales del pasado, supuestamente científica, “difiere realmente, por algún rasgo específico, por alguna indudable pertinencia, de la narración imaginaria, tal como la podemos encontrar en la epopeya, la novela, el drama” (1994: 163-64). Cualquiera que sea su género, la literatura es un acto de escritura que valora el fenómeno del texto en detrimento de la obra y la autoría.

Quien recoge las reflexiones historiográficas de Barthes y las de Michel Foucault es el historiador Paul Veyne, un imbatible cazador de ortodoxias, según la definición de Michel de Certeau (1972: 1318), el detractor tempestivo de *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, de 1971. En España, donde la contracultura del régimen franquista prodiga su atención a las novedades editoriales francesas, el libro ya está traducido al año siguiente. En su “Prólogo” aguerrido,

Veyne anuncia una ruptura radical con la doxa historiográfica, negando uno tras otro los elementos constitutivos de este discurso, empezando por su propio objeto. La segunda edición del libro, de 1978, incluye un capítulo dedicado a Michel Foucault y mantiene el mismo prólogo, cuyo párrafo final es lo que más importa para el tema que nos ocupa:

La historia no es una ciencia y apenas tiene nada que esperar de las ciencias; ni explica ni tiene método; es más, la historia de la que tanto se habla desde hace dos siglos, no existe. Entonces, ¿qué es la historia? ¿Qué hacen realmente los historiadores, desde Tucídides hasta Max Weber o Marc Bloch, una vez que, estudiados los documentos, proceden a realizar la síntesis? ¿El estudio científico de las diversas actividades y de las variadas creaciones de los hombres de antaño? ¿Sería, pues, la ciencia del hombre en sociedad, de las sociedades humanas? Es mucho menos que todo eso: la respuesta sigue siendo la misma que la que encontraron, hace dos mil doscientos años, los sucesores de Aristóteles. Los historiadores relatan acontecimientos verdaderos cuyo actor es el hombre; la historia es una novela verdadera. Respuesta que, a primera vista, parece no serlo ... (Veyne 1984: 10).

Más de medio-siglo después, puede que estas líneas no impresionen tanto. Pero basta recordar la estética del realismo que –con señaladas rupturas– aún dominaba la literatura española de los años sesenta para comprender hasta qué punto ese aserto debió de parecer una provocación. El debate internacional sobre el carácter narrativo de la historia se prolongaría hasta bien entrada la década de los años ochenta (Lozano 2015: 144-219). En *Cuadernos de todo*, Carmen Martín Gaité menciona varias veces a Roland Barthes a propósito de la escritura (Hernández Álvarez 2012-2013: 104-05), sobre todo en relación con el planteamiento de *El cuento de nunca acabar*, el libro de sus desvelos que publicaría inacabado y en forma fragmentaria en 1983 (2016: 229-529). Pero en el *Cuaderno 14*, de 1975, la autora le dedica a Barthes todo un apartado donde, entre varias anotaciones sobre su concepción de la escritura, hay una que empieza así: “Diferencias de posibilidades entre la historia y la novela. Un historiador se muere por encontrar –a base de una investigación llena de escollos y dificultades– elementos que un novelista tiene a mano” (2019: 435). Si bien había publicado *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento* en 1969, una biografía política que reedita ya en 1974, la historiadora que es también novelista no olvida lo problemática que fue la redacción de ese libro. Vamos a ver cómo dio curso al proyecto y lo llevó a término.

## 2. Una biografía sin canon

Las controversias que avivaban el campo de la historiografía francesa no serían tomadas en consideración en el Seminario de Estudios de Humanidades que, entre 1960 y 1969, dirigió Julián Marías. Centrado en el siglo XVIII y en el Romanticismo, periodos cruciales para entender la España contemporánea, a ese Seminario acudió Carmen Martín Gaité a partir de 1963. Dejada en suspenso la narrativa ficcional tras la publicación de *Ritmo lento*, la escritora se puso a ahondar –por libre y con esmero– en ese pasado español que le resultaba nebuloso. Los primeros resultados fueron descollantes: publicó *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento* (1969) y preparó su tesis doctoral bajo la dirección de Rafael Lapesa. Defendida en junio de 1972, la publicó en diciembre de ese mismo año con el título de *Usos amorosos del dieciocho en España* (1972). Cuenta con detenimiento la vivencia compartida de aquel Seminario de Estudios de Humanidades la historiadora María Cruz Seoane, por aquel entonces una joven becaria que trabaría con Martín Gaité una hermosa amistad. En “La obra histórica de una novelista”, prólogo al IV volumen de las *Obras Completas* de nuestra autora, Seoane testimonia cómo las dos se fueron convirtiendo en “fieles compañeras de archivos, bibliotecas y hemerotecas” (2015: 12). Al sintetizar la primera parte del libro sobre Macanaz, Seoane subraya que la investigación desborda lo que el título anuncia. En efecto, los abusos del tribunal de la Inquisición enlazaban con un intrincado sistema político, cuyos protagonistas prominentes iban condicionando cada paso del jurista solícito, siempre fiel a Felipe V de Borbón en la defensa de los privilegios regalistas con respecto a las reivindicaciones de la Iglesia. Si bien Seoane los considera “personajes secundarios”, en el relato de Martín Gaité son actantes de primordial importancia:

*El proceso de Macanaz* combina el más exigente rigor histórico, utilizando todos los ingentes documentos a su esforzado alcance, con el estilo y la presentación literarios. Tanto el protagonista como los personajes secundarios, el rey, que sólo salía de su natural abúlico e hipocondríaco para hacer el amor (siempre dentro del matrimonio) y la guerra; sus dos esposas –la amable e inteligente María Luisa de Saboya, la dominante Isabel de Farnesio–, la princesa de los Ursinos, una insólita mujer de Estado, etc., despiertan el interés del lector, en el cuadro de la política y la vida de la Corte, con sus complicadas intrigas. A todo ello se añade el escenario europeo, con el ambiguo papa Clemente XI y el primero boyante y luego senil y claudicante Luis XIV. Significativa y adecuadamente, el habitual “índice onomástico” se convierte en un “dramatis personae” (2015: 20).

En esta recapitulación elogiosa la extrañeza está a la vista. El comienzo y el final del apartado ponen en tela de juicio la forma del discurso historiográfico, una cuestión que Seoane —una historiadora ortodoxa— ya había abordado previamente. Antes de remitir a los varios escritos de Martín Gaité sobre la figura de Macanaz, la autora había dejado constancia del mayor desvío del libro, es decir el supuesto móvil ficcional:

Era un interés novelesco lo que la llevó a interesarse por personajes como don Melchor de Macanaz. Las relaciones de Carmen con este personaje constituirían, como ella misma señaló, una novela. En su *Cuaderno de todo* (con el número 13 [...]) apunta el 17 de octubre de 1974, en una meditación sobre el fenómeno narrativo: “Si yo cuento, por ejemplo, cómo me encontré con Macanaz, estaré escribiendo una novela de la novela, y eso he visto que interesa tanto como la vida del mismo Macanaz”. Lo contó muy bien en diversos lugares (2015: 16).

De ser esto verdad, ¿se trataría de un valor o un defecto? La cita es un fragmento de unas notas sobre la fascinación que el lector de novelas siente por la praxis ficcional del autor. Si la novela como institución literaria no implica “el aceptar una imagen ficticia del mundo, sino, previo a eso, el aceptar un hablar ficticio” (Martínez Bonati 1992: 66), está claro que Martín Gaité nunca quiso hablar ficticiamente de Macanaz, por aventureras y rocambolescas que sean sus peripecias.

### 3. Prólogos y títulos, el pacto *in fieri*

En septiembre de 1974, un mes antes de escribir el apunte al que se refiere Seoane, la biógrafa había terminado de redactar el “Prólogo a la segunda edición” del libro, que publica con el título de *Macanaz, otro paciente de la Inquisición* (1975). La denominación es nueva, pero el contenido es el mismo que en la edición de 1969, en cuyo prólogo —“A modo de justificación”— Martín Gaité cuenta lo dificultoso que fue documentarse sobre su personaje en los archivos de París, Simancas y Madrid. El método poco ortodoxo que ella declara haber adoptado en su “trabajo” (así lo menciona varias veces) se refiere a la decisión de traducir al castellano documentos escritos en francés e italiano, a fin de ofrecer al público lector un discurso más fluido. A continuación, declara que su propósito inicial no era el de “*escribir una biografía* de Macanaz, sino más bien las causas que motivaron su condenación y destierro” (2015: 61. Subrayado mío). Se encontró, sin embargo, con tal cantidad de datos, que no solo extendió su pesquisa a “*la vida*

de Macanaz”, sino que fue necesario “adquirir un conocimiento paralelo y mucho más rico y general de *otras vidas y hechos de contemporáneos suyos*, tan representativos, y algunos tan desconocidos como él o más” (2015: 61. Subrayado mío).

En los escritos de los historiadores de la época, abocados a la concisión, apenas hay alusiones a las andanzas de Macanaz. Es pues el criterio de selección de los materiales pertinentes el primer escollo metodológico. Estando segura de que su libro no pertenece a ese grupo de textos ortodoxos, la autora admite que ni siquiera sabe “si pertenece a grupo alguno” (2015: 62). No podía ella imaginar que, quince años después, replanteada teóricamente la utilidad de la biografía en la revista *Annales*, un historiador italiano afirmarí que las desviaciones o singularidades de una vida se entienden a fondo a condición de enmarcarlas en un contexto histórico que las autorice: “Cette perspective a donné des résultats très riches qui généralement savent maintenir équilibre entre la spécificité de la destinée individuelle et l’ensemble du système social” (Levi 1989: 1331).

Es lo que la biógrafa había hecho en *El proceso de Macanaz*, remarcando el esfuerzo que le había costado armar la trama. Los hechos por desenredar son tan numerosos y disparatados que, en el prólogo a la primera edición, ella misma había empleado el lexema “novelesco” para referirse, con un registro lingüístico informal, a referentes alambicados hasta el punto de parecer ficticios:

Para terminar diré que la vida de Macanaz es novelesca en sí misma, y que a veces, a lo largo de estos años, me he sentido rebasada y confundida por su propia confusión, por su tesón, por su falta de sentido de la realidad. Lo que más me atrajo de este personaje desde el principio fue su difícil, su casi imposible clasificación, la cual he terminado aceptando, por considerar que constituye su propia esencia. *Me he conformado con no arrojar luz artificial sobre una vida tan contradictoria y embrollada*, y lo que no he podido esclarecer, sin esclarecer queda. *Le he tomado como es, sin obsecarme en ponerle etiqueta alguna* (2015: 62. Subrayado mío).

En la “Nota a la edición de bolsillo” del libro, de 1982, Martín Gaité se queja de la escasa fortuna editorial que tuvieron las ediciones anteriores, por buena que hubiera sido la acogida por parte de la crítica. En esta tercera edición que también se titula *Macanaz, otro paciente de la Inquisición*, ella confirma su inequívoca querencia, aunque se pregunta si los años que había tardado en estudiar el trayecto vital de su personaje y contarlos no habían sido en vano. Añade, sin embargo, que la anima una recompensa inesperada, “el hecho de que muchos sigan considerando que con el pretexto de ese relato logré escribir mi mejor libro, a despecho de su adversa fortuna” (2015: 55). Para Martín Gaité las fronteras entre los géneros literarios siempre fueron porosas y así no vuelve a mencionar el género con que

sí había encuadrado el texto en la primera edición, es decir la biografía. Hará lo mismo en la “Nota a la cuarta edición”, de 1988, cambiando nuevamente el título —*El proceso de Macanaz*, a secas— y repitiendo que era, con diferencia, su mejor libro (2015: 54). Reconoce, además, haber capitalizado un alto beneficio en el arte de escribir novelas, aparte de haberse liberado de estereotipos historiográficos tocantes la pretensión de ejemplaridad, raciocinio y veracidad por parte tanto de quienes acometen hazañas, como de quienes las refieren:

*Retahílas*, por ejemplo, le debe mucho a Macanaz. El viejo don Melchor, sobre todo en su etapa del exilio, me hizo entender el desfase que existe entre el desorden de los acontecimientos y su orden de sucesión dentro del relato. Y que también la Historia con mayúsculas ha sido protagonizada y escrita por seres atenidos —como los que nos rodean— a mudanza de humores, a contradicción, a desmemoria (2015: 53).

La escritura biográfica y la escritura novelesca aparecen aquí reversibles. En el “Prólogo a la edición de 1999”, la quinta y última en vida de la autora, titulada *El proceso de Macanaz*, Martín Gaité afirma que había releído el texto con “la sensación de estar escuchando una historia por vez primera”. La metamorfosis es sutil, la página impresa se transforma en una comunicación oral y la biógrafa misma se desdobra, figurando como la destinataria actual del relato que la narradora de antaño hilvana de viva voz. Tras afirmar que ha mantenido la misma libertad de juicio con que valora los escritos ajenos, Martín Gaité llega a la conclusión de que “el libro engancha” (2015: 51). A primera vista no le interesa defender su experimento literario, le importa que se siga leyendo. La versión es la misma, pero han pasado treinta años desde que se publicó la primera vez, un período de cambios trascendentales en la esfera privada y pública de la autora, de su país y del mundo globalizado. En la última década del siglo XX el conjunto de escrituras de Martín Gaité se ha canonizado, entre otras cosas disfrutando el auge de la postmodernidad. Dada la heteroglosia comunicativa que involucra también la literatura, y sobre todo la novela, en palabras de José María Pozuelo Yvancos la responsabilidad del autor-creador se ha diluido hasta casi desaparecer: “El arte es un magmático e indefinido campo de *recambios* estético-comunicativos que absorbe lo contradictorio y propugna una cierta equivalencia del valor de los mensajes” (2004: 47. Subrayado del autor).

Martín Gaité no reivindica abiertamente su pionerismo historiográfico, reafirma a continuación su abnegado trabajo de investigadora, mencionando metonímicamente su desordenado archivo personal: “Por mi casa andan, perdidos y almacenados en viejas carpetas, los papeles y fichas que fui elaborando sobre

esta confusa historia. Si abriera alguna de esas carpetas, comprobaría que la letra es mía y me quedaría asombrada de la paciencia que derroché para llevar a cabo labor tan ingente, sin más ayuda que la de mi tesón” (2015: 55). Un año después, el 23 de julio de 2000, Martín Gaité falleció. Entre los varios homenajes que se le dedicaron destaca la delicada semblanza de Julián Marías, quien recuerda el trato que tuvieron en los 60, cuando “dio Carmen muestras valiosas de una región de sus capacidades que no tuvo plena realización”. Le otorga, además, una credibilidad especulativa de la que no había gozado en vida entre sus compañeros de generación:

Ha sido uno de los escritores de mayor interés en los últimos decenios. Tenía una capacidad, y sobre todo una vocación intelectual que no han sido frecuentes entre los “escritores” de su grupo. En ella coincidieron, en diversas proporciones, ambos aspectos, y creo que conviven de un modo armonioso y que pudo ser muy fecundo. Sus libros “eruditos” eran literarios, no sólo bien escritos, sino definidos por esa actitud (2000 en línea).

Entre elogios cariñosos y reparos discretos, queda el hecho de que el anciano filósofo no acababa de reconocerle el rol de historiadora. Es una cuestión candente porque tanto *El proceso de Macanaz* como la tesis de doctorado cumplen con un requisito imprescindible: cuentan lo que fue, se basan en documentos de archivo, aunque no se amoldan al discurso positivista, el que creaba, según Barthes, “lo que podría llamarse el *efecto de realidad*” (1994: 175. Subrayado del autor). Con su estilo narrativo Carmen Martín Gaité provocaba, a su pesar, un efecto ficcional, aplicado además a la llamada Cenicienta de la historiografía, la biografía, un género literario tan popular como descuidado teóricamente a lo largo de la mayor parte del siglo XX: “Durante mucho tiempo, una barrera ha mantenido separado lo biográfico de lo histórico como elemento parásito susceptible de venir a perturbar los objetivos del cientifismo” (Dosse 2007: 16). Desestimada por los historiadores positivistas, la biografía sufre el rechazo de los historiadores franceses de la revista *Annales*, con Fernand Braudel al frente, pues se privilegiaban las estructuras socio-económicas en detrimento del protagonismo individual (Valenti 2007: 147-50). Por el periodo en que fue alumbrado y por el estilo con que fue escrito, *El proceso de Macanaz* fue un libro intempestivo, obsoleto o adelantado según el punto de vista de quién entonces lo tomara en consideración.

#### 4. Herramientas versátiles

En enero de 1971, Martín Gaité publica en la *Revista de Occidente*, “En el centenario de don Melchor de Macanaz (1670-1760)”, un texto donde habla más de su estreno como biógrafa que del homenajeado. No se trataba de conmemorar un dechado de cualidades públicas, las que sustentaban las biografías famosas e inactuales. De hecho, la biógrafa admite que no fue un amor a primera vista. Se acordaba vagamente de Macanaz por cómo lo había denigrado Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*: “aquel nombre me sonaba a epitafio, un epitafio sin relieve entre cientos de epitafios” (2016: 73). Se habría dado pues un desencuentro si Martín Gaité –siguiendo la sugerencia del amigo José Antonio Llardent– no hubiera leído la *Historia del reinado de Carlos III* de Antonio Ferrer del Río (1856), donde se lamentaba el destino aciago de Macanaz como precursor de la Ilustración, tratado injustamente en vida e injustamente olvidado después de muerto. Cuajó entonces un atisbo de emoción. Es este el origen de una larga investigación que atravesaría fases de incertidumbre y desaliento. Llevada a buen término con la publicación del libro en 1969, en la conmemoración del centenario Martín Gaité enmarca las vicisitudes de Macanaz en sus propios altibajos metodológicos:

Ahora, en cambio, mi primer encuentro propiamente dicho con Macanaz, me nacía a través del nuevo libro que había caído en mis manos, un interés deliberado y concreto hacia la persona de aquel burgués de Hellín, nacido en 1670, hijo del regidor de la villa, estudiante de leyes en Salamanca por los últimos años del siglo XVII, pasando estrecheces, pululando, poco después, entre los jurisconsultos deseosos de abrirse camino en la corte y de incorporarse a las tareas gubernamentales que en las postrimerías del reinado de Carlos II andaban tan a la deriva, y definitivamente vinculado a ellas al advenimiento de la nueva dinastía mediante el nombramiento de Fiscal del Consejo de Castilla con que premió Felipe V su lealtad a la causa borbónica y sus méritos de jurista, favor, por cierto, al que él correspondió con una constante fidelidad a los Borbones, tan duradera como su larga vida. Pero este encumbramiento, fulminante y breve, se remató y expió con una larga etapa de desgracia. Desde 1715, fecha en que –a la vista del sesgo que tomaban las cosas después de las nuevas nupcias del rey– Macanaz creyó oportuno exilarse, hasta 1760, fecha de su muerte, tuvo abierto un proceso que le siguió la Inquisición y que arruinó para siempre su carrera y su fama, sin que Felipe V se atreviera a tomar ninguna medida definitiva a favor y defensa de quien, precisamente por defender apasionadamente sus derechos, había topado con el Santo Oficio (2016: 73-74).

Una vez resumidas las etapas de la vida de su biografiado, la conmemoración toma un sesgo personal, se desvía hacia el taller de la escritura. Confirmando el tópico de que todo biógrafo acaba siendo poseído por el personaje del que se ocupa (Dosse 2007: 14-15), Martín Gaité atribuye “un primer conato de afecto hacia aquel pobre jurista provinciano” (2016: 74) a un detalle que le había llamado la atención: la simetría temporal entre la cosecha del éxito y el derrumbe del consenso, pues ambas trayectorias vitales tuvieron la misma duración. En 1715, a los 45 años Macanaz –excomulgado por la Inquisición a raíz de su *Memorial de los 55 párrafos*– había salido prudentemente de España, confiando regresar a los pocos meses. Pasaron en cambio 45 años más –33 de los cuales en el exilio– antes de que el rey Carlos III diera la orden de sacarlo de la cárcel de La Coruña, donde estaba encerrado desde 1748 por mandato de su predecesor, Fernando VI. Al nonagenario Macanaz aún le quedaban fuerzas para cruzar España y regresar a su pueblo natal: Hellín, donde moriría pocos meses después, el 5 de diciembre de 1760, sin el consuelo de verse rehabilitado. Considerar la biografía de Macanaz a través de un dato como este influye en la adopción de la retrospectiva, pues la elección del detalle implica “una especie de «mirar más» dentro del «todo» analizado, hasta el punto de descubrir caracteres del entero no observados a «primera vista»” (Calabrese 1999: 88).

A falta de patrones biográficos persuasivos, Martín Gaité se adentra libremente en la investigación sobre aquel oscuro personaje que vivió entre el Barroco y el Siglo de las Luces. Atesora un montón de noticias que la cautivan e irritan al mismo tiempo: cuanto más incoherentes, más concitan su curiosidad. Para su sorpresa, va estrechando con Macanaz un vínculo análogo al que solía mantener con las personas vivas (2016: 76), hasta el punto de llamarlo “mi muerto” (2016: 79). El anacronismo, la bestia negra de los historiadores profesionales, en Martín Gaité atañe a alguna forma de atención o preferencia por el detalle que plantea la diferencia entre el conocimiento y la opinión (Kermode 1999: 103-42). A propósito de Macanaz, la escritora se fija particularmente en algo que representa, en su escala de valores, el rasgo identitario más aquilatado, la letra escrita.

Aparte de ser un instrumento de conservación de la palabra oral, en la caligrafía Martín Gaité detecta la huella psicossomática del individuo, a partir de la suya, como afirma en *El cuento de nunca acabar*: “Tengo que hacer mayor esfuerzo para reconocer mi rostro en una fotografía antigua que para mirarme en el espejo de mis ges, mis tes o mis emes cuando me saltan a la cara inesperadamente desde una carta vieja hallada por azar entre los papeles de un cajón” (2016: 271-72). El vínculo somático dura más allá de la muerte. Lo revela un fragmento

sobrecogedor de *Cuadernos de todo*, el número 35, que contiene “El otoño de Poughkeepsie”, una pieza magistral de la literatura de duelo (Calvi 2012: 73-89; Teruel 2019: 20-21). A finales de octubre de 1985, recién llegada a esa ciudad norteamericana para dar un curso en el Vassar College, Martín Gaité sella a través de la grafía el enlace carnal con dos seres añorados y perdidos: su padre, fallecido siete años antes, y su hija, fallecida en abril de ese mismo año. Lo que garantiza la cohesión de su estirpe son los trazos manuscritos, las huellas de cada uno que laten icónicamente como señales que la interpelan: “Y ahora los siento juntos, pero también conmigo, presentes en las letras de este texto que evoca su memoria, no sólo porque sus caligrafías se parecieran algo entre sí y a la mía, sino por algo mucho más concreto. Estoy escribiendo con la pluma de él en un cuaderno de ella” (2019: 753).

La vivencia emotiva del icono caligráfico vale también para Macanaz. Cuando, a principios de 1964, la historiadora en ciernes entra por primera vez en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, lo que ansía ver en seguida es la letra del olvidado ministro de Felipe V. Tensando su discrepancia con la praxis historiográfica corriente, inventa una prosopopeya, anima la letra de Macanaz que reclama su atención y al mismo tiempo la libra a ella de su rol convencionalmente incorpóreo e impersonal:

Tanto en aquel archivo como en los demás que visité a lo largo de cinco años, su caligrafía, que ha llegado a serme tan familiar y reconocible como la de mis mejores amigos, esa letra suya menuda, rápida y enmarañada de bucles, dispuesta en renglones algo torcidos y muy cercanos los unos a los otros, me salió al paso generosamente. Estaba deseando salirle al paso a alguien, eso se notaba en seguida, harta de olvido y sueño. Era un sueño evidentemente forzado el que habían dormido en las Secretarías de Estado, en los despachos del Santo Oficio y en carpetas privadas aquellos rimeros de cartas, memoriales, avisos y apuntes del puño y letra de Macanaz, que la marea del tiempo había terminado depositando al azar en estos postreros estantes de donde un empleado con guardapolvos los sacaba para traérmelos a la mesa un ratito (2016: 79).

La letra de Macanaz funciona como una imagen superviviente. De manera análoga a la *Pathosformel* de Aby Warburg, abre el tiempo del síntoma o de la reminiscencia que entrelaza intrusiones anacrónicas, estropeando el modelo historiográfico causal (Didi-Huberman 2009: 277-83). De los manuscritos de Macanaz salen al descubierto defectos y méritos tan reñidos entre sí que acaban ejerciendo el mayor atractivo, el de la persona inclasificable. Cuanto más difícil le resulta reducirla a una conceptualización historiográfica, tanto más la autora se enfrasca en pesquisas ulteriores con la ambivalencia de cualquier biógrafo, sometido y rebelde

al mismo tiempo (Madelénat 1984: 91). De legajo en legajo, Martín Gaité anima *in crescendo* la letra de los documentos de archivo, hasta dotarlos de “un clamor de voz en cuello, el que se levantaba inmediatamente de aquella escritura chiquita y enredosa que parecía alargar hacia mí sus trazos color de sangre, como brazos de un ahogado que pidiera socorro” (2016: 81). Con estas figuraciones subjetivas, Martín Gaité no traiciona la autenticidad referencial de la vida de Macanaz, da cuenta de cómo se ha aventurado en aquel proyecto biográfico sin ninguno de los respaldos teóricos que aparecerían a partir de los años 80, tras el declive del marxismo y el estructuralismo.

Un detractor de la biografía como documento históricamente fiable es Pierre Bourdieu, quien esgrime como premisa el final del *Macbeth* de Shakespeare, una historia llena de ruido y de furia, pero vacía de sentido por contarla un idiota: “Produire une histoire de vie, traiter la vie comme une histoire, c’est-à-dire comme le récit cohérent d’une séquence signifiante et orientée d’événements, c’est peut-être sacrifier à une illusion rhétorique, à une représentation commune de l’existence, que toute une tradition littéraire n’a cessé et ne cesse de renforcer” (Bourdieu 1986: 70). La mayoría de los especialistas, sin embargo, redescubren la biografía histórica como un conocimiento que subsana el exceso de abstracciones de la nueva historiografía. Hasta un militante de la revista *Annales* como Jacques Le Goff admite la biografía como presentación y explicación de una vida individual, siempre y cuando sea puesta al día epistemológicamente. Sin embargo, concluye que, a pesar de los crecientes tecnicismos de la disciplina, “le style de l’historien reprend de l’importance. La biographie lui offre, mieux que d’autres genres historiques, la possibilité d’exploiter les ressources de l’écriture historique” (1989: 53. Cursiva del autor). Con este aserto vuelve uno al punto de partida, a la incidencia del estilo que los historiadores omiten en los estados de la cuestión del pasado siglo y en lo que va del actual (Ghanime 2007: 114-44; Loriga 2010: 47-71; Argudín 2019: 13-29). En general, la clasificación de la biografía como género fronterizo no se ha simplificado con el paso del tiempo (Edel 1984; Madelénat 1984; Arfuch 2002; Dosse 2007; Del Olmo Ibáñez 2015; Alberca 2021), menos todavía había modelos aceptables en la España franquista de los años sesenta.

## 5. Una consulta epistolar a Juan Benet

Ordenar en soledad el abultado material que tenía entre manos era para Martín Gaité un obstáculo que la disuadía por un lado y por el otro la espoleaba. El paso

decisivo lo da en la primavera de 1966, cuando entra por primera vez en el Archivo General de Simancas donde se guardaban la mayoría de los documentos que Macanaz había escrito desde el exilio. El material es cuantioso y plagado de desdichas, la obcecación del autor arrecia en lugar de aplacarse. Aparte del sentimiento compasivo, la documentación acumulada es tan abrumadora que Martín Gaité se siente más inhibida que nunca ante su tarea. No la angustia solo el cúmulo de incongruencias de su personaje, también el cúmulo de ruinas relativas al pasado, una retrospectiva análoga al ángel de la historia de Walter Benjamin (2018: 311-12). Este enfoque nihilista es la mayor novedad, sobre el cual arrojan luz un par de cartas que Martín Gaité escribe por aquellas fechas al amigo Juan Benet, un probado anti-historicista a punto de ser famoso. Acababa de publicar en 1965, los ensayos de *La inspiración y el estilo*, mientras aún permanecía inédito como autor de la novela *Volverás a Región*. Fechada en Madrid, el 6 de mayo de 1966, la primera carta de Martín Gaité testimonia el malestar que anida en su proyecto. Los autógrafos relativos a la caída en desgracia de Macanaz la han contagiado de desolación. O bien al revés: es ella quien proyecta sobre los escritos de aquel muerto, ajeno y próximo a la vez, la angustia del viviente que no logra aceptar su finitud. En este momento de crisis Benet es el interlocutor apropiado:

Querido Juan:

¿Habría alguna forma literaria cabal para expresar la convicción de que toda la historia se compone de intentos aislados y fallidos, mal cosidos luego a la fuerza por quien se los encuentra ahí amontonados a su espalda y los quiere justificar y ordenar de alguna manera para que tanta ruina no le ahogue? Ya esta pregunta tan larga y extemporánea con que encabezo mi carta, tal vez te ponga en fuga, pero te ruego que hagas un esfuerzo y aguantes el embate. Necesito que entiendas lo que te quiero decir, lo necesito mucho. Allí en el Seminario de Estudios de Humanidades no puedo explicar nada de esto, me preguntan a veces que cómo va mi trabajo y trato de dar algún detalle concreto que me acredite como investigadora. A lo mejor tenía material de sobra para emprender un trabajo, pero ¿sé yo el trabajo que quiero hacer? Nuestro amigo J[ulían] M[arías] me ha dicho que me voy a perder, porque en vez de buscar miro, lo miro todo. Augurio el suyo nada desacertado, desde el punto de vista de quien trata de encasillar correctamente los géneros y para quien los muertos no son más que la obra que han dejado. Así pues, si yo no quiero escribir una biografía literaria –cosa que me horroriza– y, en cambio, con respecto a los trabajos concretos de Macanaz ya voy teniendo noticias suficientes, ¿a qué espero para dar un guión claro y seguro de lo que opino acerca de él, para colgarle el letrero que lo clasifique y lo deje ya para siempre rematadamente muerto, muerto con su inscripción a cuestras?

Se quedaron desconcertados porque el día que hablé de él no le defendí panegíricamente. Dije que como escritor no era apreciable, que como político había metido

la pata, que mentía. Que en su última misión diplomática en Breda cuando ya era octogenario había hecho toda clase de chaladuras, que no tenía noticia de la realidad histórica de España y se movía en un fantástico aislamiento. Pero ni siquiera acreditó esto con documentos y fechas, aunque las tengo. No entendió nadie por qué estudio y sigo emperradamente las huellas de este señor que –resumiendo como es costumbre– debieron dar por mediocre. Te confieso que me quedé bastante desanimada acerca de mis dotes de historiadora, y desde entonces (esta actuación mía fue por febrero) he reflexionado mucho acerca de los posibles medios de expresión de que me valdré para dar a conocer mis hallazgos históricos.

Querría hablarte de mi relación con Macanaz, la literaria, la verdadera. Tal vez hablando con alguien de esta relación, me aclare con respecto al trabajo que podría hacer (Benet, Martín Gaité 2011: 111-10).

Trascrita casi por completo, esta larga carta muestra los entresijos de una narración que no acaba de arrancar. La biógrafa no encuentra la manera adecuada de abordar a Macanaz, partiendo de su hundimiento como político bienintencionado y escritor farragoso, incapaz de ceñirse a un principio de realidad. El hecho de que lo considere un fracasado repercute en el género literario que había elegido al comienzo de su investigación. Apesadumbrada y escéptica, en esta petición de ayuda Martín Gaité declara que no quiere armar una “biografía literaria”, es decir novelada o ficcional, pero subraya al mismo tiempo que su relación con Macanaz es “la literaria, la verdadera”. ¿En qué sentido? Se lo aclara en seguida su lúcido interlocutor, en la respuesta que le envía el 8 de mayo. Tras enumerar por qué se escribe una biografía y cómo ella no podrá dar cuenta cabal de Macanaz a través del material de archivo, Benet concluye:

O sea, ese recelo a dar con la forma final y representación histórica del difunto es recelo del escritor de ficción; ese miedo a etiquetarle y escribirle la esquela no es miedo de historiador que siempre, o casi siempre, trata de cosas muertas y, por decirlo así, se coloca de antemano fuera de él. Ese respeto, mezclado de perplejidad, que infunde la figura del difunto y que te impide avanzar un paso más y lograr una síntesis puramente abstracta de todos sus contradictorios aspectos, está fundada en un sentimiento de amistad que sirve no poco para disimular mucha vacilación a la hora de retratarle. Éste es el momento en que no te atreves a decir “era un mediocre”, “un inepto”, “un iluso”, “un pobre diablo”, esas cosas que decimos de la gente con que nos encontramos por las esquinas aun contando con un conocimiento de ellos mucho menor por lo general que él que tú tienes de Macanaz. Ya va siendo hora de que dejes de comprar papel y colores y de que afiles los lápices. Va siendo hora de que empieces a pintarle. No es material lo que te falta (Martín Gaité, Benet 2011: 115-16).

Con su tono didáctico, Benet no explicita en qué poca consideración tenía la historia como disciplina moderna y contemporánea. Ana Caballé, que cita el íncipit de la carta de Martín Gaité y otro fragmento de esta respuesta de Benet, se limita a comentar genéricamente que, por ser novelista, la biógrafa tenía dificultad a contar una historia basada en documentos escritos (2018: 204). En realidad, ambas cartas implican al respecto problemas espinosos. A parte el hecho de que Benet no pudo publicar *La inspiración y el estilo* con el título original, es decir *Ensayos de incertidumbre* (Pittarello 2023: 54-55), su refutación de la historia ya se translucía en *Volverás a Región*. En ensayos futuros Benet defendería el conocimiento literario como absolutamente ajeno al conocimiento científico, por basarse en la experiencia incognoscible de la muerte (1978: 24-25). Cuando, excepcionalmente, tras la muerte de Franco escribe la sinopsis *Qué fue la guerra civil*, no deja de abrir en la seca exposición de los sucesos algún intersticio literario como, por ejemplo, la mímesis de la muerte caricaturesca del General Sanjurjo, que se estrelló con su biplano por el peso de un baúl lleno de arcos militares (1976: 21) o de la muerte solitaria de Unamuno junto a la chimenea de su casa, chamuscadas por el fuego las zapatillas y las perneras (1976: 36). Volvamos al intercambio epistolar de 1966. En la segunda carta que Martín Gaité le escribe a Benet el 11 de mayo, parece atender a las recomendaciones del amigo escritor, pero pronto vuelve a insistir sobre el nudo enrevesado de lo literario:

Querido Juan:

Tienes razón: hay algo que rechina. Lo has visto con gran claridad y es exactamente como tú lo dices. Cuando empecé a sentir curiosidad por Macanaz, lo consideraba como algo que estaba fuera de mí en el tiempo y en el espacio, algo ahí plantado, muerto y dócil, cuya conquista sería más o menos fácil, pero que de ninguna manera iba a implicar una relación mía con él, en el sentido de que su vida pudiera influir sobre la mía o de que la búsqueda de su rastro pudiera llegar a entretenerse con todas mis preguntas y búsquedas de otro tipo, hasta llegar a ser la misma incógnita. Ahora sé que la claridad que se podría arrojar sobre una vida tan embrollada y contradictoria como la de este personaje es totalmente postiza ya que su difícil y casi imposible clasificación constituye su propia esencia de donde emana todo el atractivo que para mí tiene tal vida. No quiero hacer literatura sobre Macanaz (una biografía novelesca, etc.) pero mi relación con él sí es, en efecto y como tú adivinas, completamente literaria (2019: 1196-107).

Martín Gaité ya no pretende ordenar en secuencias inteligibles las etapas de la existencia accidentada de su biografiado, lo asume como encarnación del destino común a los seres humanos que, contra viento y marea, quieren perdurar con

sus escritos más allá de la muerte. Al concebir el texto literario como un posible resarcimiento de la finitud del viviente, en este aspecto Martín Gaité revela cierta afinidad con el propio Benet, el novelista de las aspiraciones malogradas, el inventor de personajes crepusculares, empeñados únicamente en labrar su perdición:

Ya sé, Juan, y tú también lo sabes, que esto es difícilmente compaginable con una biografía escrita en los estilos al uso. Lo que te he dicho es lo que me interesa de Macanaz y lo que me ata a él: su afán de perdurar que yo, desde mi vida de ahora, veo dónde va a desembocar, su ciego afán personal, sus acordes fallidos, su darse —como nos damos todos— con la cabeza contra la pared.

El único tema que ya me va pareciendo serio literariamente es el de la Ruina, y cada día más. Comprenderás pues, que la herrumbrosa vida de un ser que sólo como nombre figura en los manuales y sobre la que han caído tantos nuevos estratos de tiempo y de palabras me interese, sobre todo, por su misma ineficacia y como símbolo del universal envejecimiento de todos los intentos y pasiones (2019: 1108).

Para Martín Gaité el componente primordial de lo literario no es la ficción, sino la estetización del punto de vista, que remite a un sujeto encarnado. Literaria es la escritura que alguien dirige al futuro como huella de la existencia propia y ajena, un tipo de memoria textual que rebasa cualquier régimen de historicidad. Sin que le importen la época, el estilo, el género o el prestigio otorgado por la tradición, literario es para ella cualquier testimonio de una condición humana afectada por el azar, por los percances que llevan al fracaso. Como novelista, desde su exordio había sentido inclinación por el enigma, el misterio, el suspense, a través de los cuales evita abocarse al nihilismo. Protagonizan sus ficciones, de finales abiertos, unos personajes frágiles e indecisos, cuyas expectativas fluctúan afectivamente entre el miedo y la esperanza, el desamparo y la tenacidad. Es la resiliencia su denominador común, junto con la búsqueda de un interlocutor al que entregar el legado de la experiencia, es decir un relato de vida. Valga como ejemplo palmario la interpretación que, en el artículo “El sendero de los sueños” (1984), Martín Gaité ofrecería del Quijote, cuyas vicisitudes relaciona estrechamente con la biografía de Cervantes. Si el alocado caballero andante sigue encantando desde hace siglos es porque los lectores se reconocen en su conducta y destino, trascendiendo circunstancias, hábitos y valores histórico-culturales: “Me atrevo a decir que a don Quijote lo sentimos familiar y lo queremos por sus rotundos fracasos. Las sombras que, a lo largo de toda la obra, se van adensando sobre el destino del héroe alcanzan también a hacer gravitar una nube de desengaño sobre el presunto éxito de nuestras más acaloradas empresas” (2016: 694).

Si bien no parece intencionada a depurar la biografía de Macanaz del com-

ponente literario, tal y como ella lo entiende, Martín Gaité concluye su segunda carta asegurándole a Benet que intentará sacudirse la inercia que la refrena. En efecto llevará adelante la empresa, pero sin atender a las sugerencias de su experimentado interlocutor de carne y hueso. Arrancará a escribir tras bordar para su personaje el papel del interlocutor menesteroso, el otro fantaseado que pide conversación.

## 6. El interlocutor fingido, una epifanía

La mimesis del trato íntimo que la biógrafa brinda a su biografiado surge a partir de una carta que este escribió en un momento de gran postración física y moral. Lo cuenta la autora en la conmemoración ya citada –“En el centenario de don Melchor de Macanaz (1670-1760)”– hermoso texto clave para dilucidar el origen del libro. En el Archivo de Simancas, consultando el voluminoso y monótono epistolario de Macanaz, de repente Martín Gaité se fija en un detalle, una argumentación anómala que la conduce por un derrotero impensado. Es un caso temprano de “escritura descarrilada” (Teruel 2020: 65), el recurso socorrido ante el emplazamiento de la hoja en blanco. En el campo de la pintura aislar un detalle implica un acercamiento incongruente que fisura las categorías historiográficas y derriba toda pretensión de conocimiento exhaustivo (Arasse 2008: 18). En el campo de la historiografía, algo análogo sucede a Martín Gaité, ya que por un detalle se pondrá a redactar su libro sin un plan general y empáticamente, presa del deseo del biógrafo que un filósofo e historiador como Wilhelm Dilthey consideraba provechoso, dando por descontado que solo se aplicara a personalidades modélicas para el mundo del espíritu (Dosse 2007: 341-43). En cambio, lo que lleva a Martín Gaité a entrar en intimidad con el nada ejemplar Macanaz es su desengaño repentino y tardío. Se trata de un comentario que no venía a cuento con respecto al contenido de la carta. Muy impresionada, la futura biógrafa lo rememora con una prosopopeya inquietante. En aras de la eficacia comunicativa, una vez más su patrón lingüístico se ciñe a la *aisthesis* retórica. Previamente Martín Gaité había convertido en mensaje oral la letra de Macanaz. Ahora extiende la animación a la cabeza, una epifanía del biografiado que implora su intervención con la voz y la mirada:

En una de aquellas cartas demenciales y obsesivas de su vejez, escrita en París, me parece, Macanaz, una mañana, me habló por primera vez directamente. Estaba yo leyendo la carta con cierta desgana porque venía repitiendo lo mismo, que la política

de contemporización con la Santa Sede no había hecho más que torcer el derrotero tomado por los negocios bajo su ministerio, que había que mantener a raya a la Inquisición, en fin, el machaconeo de siempre pero más deshilvanado, y en una letra tenue y evaporada, temblorosa, quien sabe si dirigida por un puño agarrotado de frío. De pronto el hilo del discurso se le fue por completo y tuvo una ráfaga de lucidez, se quedó mirando al futuro de sus papeles, tuvo miedo a la caducidad de cuanto estaba diciendo, miedo a estar hablando en el vacío, para nadie. Era la primera vez que yo lo veía así, y me sobrecogió. Le vi asomar la cabeza, sacar fuera de aquellos montajes con que se había venido defendiendo, y mirar hacia el futuro, mirarme a mí, a quien [sic] si no. Entonces fue cuando me dijo que acaso aquello que venía escribiendo con tanta urgencia no lo iba a recoger nunca nadie, que aquellas líneas se iban a quedar para siempre sin destinatario, me lo decía para que se lo desmintiese (2016: 84).

La figuración fenoménica puede más que la razón documental, el detalle de aquella carta logra allanar el impedimento de la forma expresiva. El estilo, anclado a la escritura del yo (Pozuelo Yvancos 2018; Teruel 2020: 63), posibilita aquella biografía no novelada, y sin embargo literaria, que la praxis historiográfica estaba paralizándolo. Tras involucrarse personalmente en la tarea de contar la vida de Macanaz, la autora finaliza el relato del tercer centenario enfatizando el rol que ella misma acaba de asumir. La epifanía es doble e implicada mutuamente. Con sus máscaras respectivas, el biografiado y la biógrafa se ajustan sin solución de continuidad a los planteamientos esbozados en *El cuento de nunca acabar* (Teruel 2015: 389-410). Tanto allí, el ensayo más famoso de Martín Gaité (2019: 177), como en el artículo de 1966 “La búsqueda del interlocutor” (2016: 52) o en el *Cuaderno de todo* n. 3 (2019: 169), queda claro que el invento del interlocutor es la ficción indispensable para sentar la base de una escritura que apunta a la mimesis de la comunicación oral. Es el antídoto imaginario contra el solipsismo lingüístico, la institución del otro que posibilita el desdoblamiento de uno mismo, quien entra en escena como personaje implicado en el diálogo. Al proponerse como meta un conocimiento interactivo y abierto, esta escritura conlleva experimentos y pesquisas inagotables (Teruel 2020: 64). Pero es una conversión semiótica que necesita una gran inventiva. La escritura, subraya Benveniste, “ne procède pas de la parole prononcée, du langage en action, mai du langage intérieur, mémorisé”, el cual tiene “un caractère global, schématique, non construit, non grammatical. C’est un langage allusif” (2012: 95).

El interlocutor fingido es un elemento primordial de todo género de escritura de Martín Gaité, también de esta biografía (Calvi 2004: 149-51). Desdibujado su papel de testamentaria, la autora termina su escrito del centenario disponiéndose a escuchar compasivamente las memorias del viejo Macanaz. Las dará a conocer

según una modalidad literaria, pero no ficticia, acostumbrándose a ver al autor “desenfocado, alejado de la precisión y la univocidad”, mientras se afianza una amistad de la que se beneficiarían ambos (2016: 85). El resultado, *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento* que ya se había publicado en 1969, enriquecido con varios retratos del protagonista y de los personajes históricos más influyentes, es todo menos un libro desenfocado e impreciso. Proporciona muchísima información, documentada y fiable, según un orden cronológico “en zig-zag o dientes de sierra” (Barthes 1994: 166), debido a profundizaciones del pasado que interfieren en la causalidad lineal.

Al tanto de la dificultad de ordenar materiales de archivo tan heterogéneos y copiosos, correctamente la biógrafa explicita a menudo su procedimiento metodológico, con una enunciación aparentemente impersonal la mayoría de las veces, rota aquí y allá por alguna enunciación en primera persona: la infracción flagrante del discurso historiográfico habitual. Asertos como “Poco sé, por no decir nada, de la infancia de Macanaz” (2015: 73) o “Daré noticias de las huellas de él que me ha sido dado encontrar” (2015: 563) son muestras de su estilo, el que califica la presencia de un viviente en el mundo, el que revela la unicidad de la experiencia humana (Bordas 2008: 225-32). Martín Gaité pone su propia impronta en el registro coloquial, próximo a la lengua hablada, que presupone una cercanía cultural con el público lector. A la espera de análisis lingüísticos especializados que evidencien esta anomalía admirable, me limito a celebrar la soltura con que Martín Gaité refiere los acontecimientos, sobre todo si son memorables. Valga como botón de muestra el enfoque de la pérdida de Gibraltar, conquistada por la flota inglesa en 1704: “Los reyes estaban desmoralizados, nadie los sabía alentar; la corte era una gusanera de intrigas y no se encontraba dinero por ninguna parte” (2015: 132). Aun manteniendo intactas sus pasiones, la voz de la biógrafa destila humor sobre todo cuando critica, atemperando el enfado con la risa de inclusión, mientras nunca filtra la pena si las circunstancias la abruma. Escribir *El proceso de Macanaz* fue ética y estéticamente formativo. Lo revela un pasaje de *El cuento de nunca acabar* que ilumina a posteriori la urdimbre enunciativa que tejió entonces:

El narrador, para ser tomado como tal, tiene que estar dando a entender con su mera existencia, con su latido para quien le escucha, que la versión que le da de los hechos no es repetible, sino única, inseparablemente vinculada, por una parte, a la circunstancia concreta que ha provocado en él el deseo de ponerse a contar, y por otra, al momento en que esos hechos incidieron en su campo narrativo, es decir, a cómo él se los anexionó (2016: 369).

Afortunadamente aquella dicción tan grata y audaz no ha obnubilado a los historiadores de profesión que desde entonces se han interesado por Macanaz, pues incluyen la biografía entre sus fuentes bibliográficas. En la monografía reciente de Francisco Precios Izquierdo –*Melchor Macanaz. La derrota de un «héroe»*– se cita en la premisa “la importantísima biografía elaborada por Martín Gaité”, que vino a llenar un vacío y que, no obstante los conocimientos sobrevenidos en cinco décadas, “ha envejecido en bastante buen estado” (2017: 30). No sorprende que la enunciación de este historiador sea impersonal, pero sí llama la atención que en el paratexto de los agradecimientos figure como broche de oro su abuela paterna, originaria de Hellín: “A ella, paisana de los Macanaz, dedico todo el trabajo hecho en estos años en señal de gratitud eterna por su ejemplo y cariño” (2017: 20). Es un detalle que enlaza con la escritura literaria de Carmen Martín Gaité, donde siempre hay un interlocutor y un compromiso narrativo. Por caminos azarosos el biografiado desvalido y la biógrafa indulgente siguen alcanzando sus anhelos. Desde que cruzaron sus vidas escritas, perduran juntos.

### Bibliografía citada

- ALBERCA, MANUEL (2021), *Maestras de vida. Biografías y bioficciones*, Málaga, Editorial Pálido Fuego.
- ARASSE, DANIEL (2008), *El detalle. Para una historia cercana de la pintura*, Madrid, Abada.
- ARFUCH, LEONOR (2002), *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ARGUDÍN, MARÍA LUNA (2019), “Viejos y nuevos problemas en torno a la biografía histórica”, *Fuentes humanísticas*, año 31, 59: 13-29 [24/07/2024] <https://doi.org/10.24275/uam/azc/dcsh/fh/2019v31n59/Luna>
- BARTHES, ROLAND (1994), “El discurso de la historia”, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Barcelona, Paidós Ibérica: 163-77.
- BARTHES, ROLAND (1994), “La muerte del autor”, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Barcelona, Paidós Ibérica: 65-71.
- BENET, JUAN (1976), *Qué fue la guerra civil*, Barcelona, La Gaya Ciencia.
- BENET, JUAN (1978), *Del pozo y del numa (Un ensayo y una leyenda)*, Barcelona, La Gaya Ciencia.
- BENET, JUAN (1982), *La inspiración y el estilo*, Barcelona, Seix Barral.
- BENJAMIN, WALTER (2018), “Tesis sobre el concepto de historia”, *Iluminaciones*, ed. y prólogo Jordi Ibáñez Fanés, Madrid, Taurus: 306-08.
- BENVENISTE, ÉMILE (2012), *Dernières leçons. Collège de France 1968 et 1969*, (eds.)

- Jean-Claude Coquet; Irène Fenoglio, préface de Julia Kristeva, postface de Tzvetan Todorov, Paris, EHESS- Seuil-Gallimard.
- BORDAS, ÉRIC (2008), «*Style*», *un mot et des discours*, Paris, Éditions Kimé.
- BOURDIEU, PIERRE (1967), “Campo intelectual y proyecto creador”, Barbut, Marc; Bourdieu, Pierre; Godelier, Maurice; Greimas A.J.; Macherey, Pierre; Pouillon, Jean, *Problemas del estructuralismo*, México D. F.: 135-82.
- BOURDIEU, PIERRE (1986), “L’illusion biographique”, *Actes de la recherche en science sociales*, monográfico *L’illusion biographique* 62-63: 69-72 [24/07/2024] <<https://doi.org/10.3406/arss.1986.2317>>
- BOURDIEU, PIERRE (1995), *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.
- CABALLÉ, ANA (2018), “Los horizontes epistemológicos de la biografía”, *Letras de Hoje*, 53: 203-11 [28/07/2024] <<http://dx.doi.org/10.15448/1984-7726.2018.2.00000>>
- CALABRESE, OMAR (1999), “Detalle y fragmento”, *La era neobarroca*, Madrid, Cátedra: 84-105.
- CALVI, MARIA VITTORIA (2004), “Il Settecento di Carmen Martín Gaité: dal processo di Macanaz agli «usi amorosi»”, *Un ‘hombre de bien’. Saggi di lingue e letterature iberiche in onore di Rinaldo Frolidi*, (eds.) Patrizia Garelli; Giovanni Marchetti, Alessandria, Edizioni dell’Orso: 147-54.
- CALVI, MARIA VITTORIA (2012), “Un cuento autobiográfico de Carmen Martín Gaité: «El otoño en Poughkeepsie»”, *En breve: cuentos de escritoras españolas (1975-2010). Estudios y antología*, eds. Ángeles Encinar; Carmen Valcárcel, Madrid, Biblioteca Nueva: 73-89.
- DE CERTEAU, MICHEL (1972), “Une épistémologie de transition: Paul Veyne”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 27<sup>e</sup> Année, 6: 1317-27 [22/07/2024] < DOI: <https://doi.org/10.3406/ahess.1972.422547> >
- DEL OLMO IBÁÑEZ, MARÍA TERESA (2015), *Teoría de la biografía*, Madrid, Editorial Dykinson.
- DIDI-HUBERMAN, GEORGES (2009), *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*, Madrid, Abada.
- DOSSE, FRANÇOIS (2007), *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
- EDEL, LEON (1984), *Writing Lives: principia biographica*, New York-London, W.W. Norton.
- GHANIME, ALBERT (2007), “Reflexiones y datos sobre la biografía histórica en España (personajes contemporáneos)”, *Cercles: revista d’història cultural*, 10: 114-44 [25/ 07/ 2024] <https://raco.cat/index.php/Cercles/article/view/191236>
- HERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M<sup>a</sup> VICENTA (2013-2014), “Un rincón para leer con la ventana abierta: los *Cuadernos de todo* de Carmen Martín Gaité”, *Cauce. Revista Internacional de Filología, Comunicación y sus Didácticas*, 36-37: 95-116 [27/01/2025] <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5177229>>

- KERMODE, FRANK (1999), *Formas de atención*, Barcelona, Gedisa.
- LE GOFF, JACQUES (1989/2), “Comment écrire une biographie historique aujourd’hui”, *Le Débat*, 54: 48-53 [25/07/2024] <DOI: 10.3917/deba.054.0048>
- LEVI, GIOVANNI (1989), “Les usages de la biographie”, *Annales. Economies, sociétés, civilisation*. 44<sup>e</sup> année, 6: 1325-36 [25/07/2024] <DOI:10.3406/ahess.1989.283658>
- LORIGA, SABINA (2010), “Ecriture biographique et écriture de l’histoire aux XIXe et XXe siècles”, *Les Cahiers du Centre de Recherches Historiques - EHESS*, 45: 47-71 [25/07/2024] <DOI: 10.4000/ccrh.3554>
- LOZANO, JORGE (2015), *El discurso histórico*, prólogo de Umberto Eco, 3<sup>a</sup> ed., Madrid, Ediciones Sequitur.
- MADELÉNAT, DANIEL (1984), *La biographie*, Paris, Presses Universitaires de France.
- MARIÁS, JULIÁN (3 de agosto de 2000), “Carmen Martín Gaité”, *ABC* [1/07/2024] <https://www.filosofia.org/hem/200/20000803.htm>
- MARTÍN GAITE, CARMEN; BENET, JUAN (2011), *Correspondencia*, ed. José Teruel, Barcelona, Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores.
- MARTÍN GAITE, CARMEN (2015), *Obras Completas IV. Ensayos I. Investigación histórica*, ed. José Teruel; prólogo María Cruz Seoane, Madrid – Barcelona, Espasa – Círculo de Lectores.
- MARTÍN GAITE, CARMEN (2016), *Obras Completas V. Ensayos II. Ensayos literarios*, ed. José Teruel; prólogo Jordi Gracia, Madrid-Barcelona, Espasa - Círculo de Lectores.
- MARTÍN GAITE, CARMEN (2019), *Obras Completas VII. Cuadernos y cartas*, ed. José Teruel; prólogo María Vittoria Calvi, Madrid-Barcelona, Espasa – Círculo de Lectores.
- MARTÍNEZ BONATI, FÉLIX (1992), *La ficción narrativa (Su lógica y ontología)*, Murcia, Universidad de Murcia – Secretariado de Publicaciones.
- PITTARELLO, ELIDE (1923), “Juan Benet: arreglárselas en la penumbra”, *Una escritura emergente. Pensamiento literario en la transición cultural (1966-1986)*, eds. Domingo Ródenas de Moya; Jordi Ibáñez Fanés, Madrid, Visor: 42-66.
- POZUELO YVANCOS, JOSÉ MARÍA (2004), *Ventanas de la ficción. Narrativa hispánica, siglos XX y XXI*, Barcelona, Península.
- POZUELO YVANCOS, JOSÉ MARÍA (2018), “Carmen Martín Gaité, y la nueva escritura del yo”, *Zenda*, 1-12-2018 [25/07/2024] <https://www.zendalibros.com/carmen-martin-gaite-y-la-nueva-escritura-del-yo/>
- PRECIOSO IZQUIERDO, FRANCISCO (2017), *Melchor Macanaz. La derrota de un «héroe»*, Madrid, Cátedra.
- TERUEL, JOSÉ (2015), “El descarrilamiento de Carmen Martín Gaité por los cauces del ensayo: *El cuento de nunca acabar*”, *Ondulaciones. El ensayo literario en la España del siglo xx*, eds. Jordi Gracia; Domingo Ródenas de Moya, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana – Vervuert: 389-410.
- TERUEL, JOSÉ (2019), “Prólogo. La extrañeza de lo cotidiano”, Carmen Martín Gaité, *Todos los cuentos*, ed. y prólogo José Teruel, Madrid, Siruela: 9-21.
- TERUEL, JOSÉ (2020), “El pensamiento narrativo de Carmen Martín Gaité. La

autoafirmación de una poética”, *Cuadernos AISPI Estudios de lenguas y literaturas hispánicas*, sección monográfica *Regreso y balance de la narración de la generación del 50*, 15: 61-78.

VALENTI, CATHERINE (2007), “La biographie historique en France: Un essai d’historiographie”, *Cercles: Revista d’història cultural*, monográfico *La biografia històrica*, 10: 145-61 [18/07/2024] <<https://raco.cat/index.php/Cercles/article/view/191237>>

VEYNE, PAUL (1984), *Como se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza.

**Elide Pittarello** es profesora emérita de Literatura española en la Universidad Ca’ Foscari de Venecia. Sus principales áreas de investigación atañen a la literatura española –y en ocasiones, hispanoamericana– de los siglos XX y XXI, con estudios sobre novela, poesía, autobiografía y ensayo. Su planteamiento crítico es interdisciplinario, incluida la relación entre literatura y artes visuales (pintura, collage, fotografía). Es académica correspondiente extranjera de la Real Academia Española.

**pittarel@unive.it**